

FR. GERUNDIO.

Si quis mueblecillus dixerit gerundianas capilladas non debere acomodari uniuersique temporis atque circumstantiæ, anathema sit.

Si algun mueblecillo dijere que las capilladas de Fr. Gerundio no deben acomodarse á los tiempos y á las circunstancias, le ate á una columna y le doy cinco mil de buena mano.

CONC. 4. GER. CAN. 25.

LA OLIVA DE LA PAZ.

Voces de paz corrian estos dias, y amaneció en efecto un dia de paz para los españoles. ¡Cuán cierto es que cuando el rio suena agua lleva, y que la voz del pueblo es la voz de Dios! ¡Y cuán brevemente se cumplieron las li-songeras esperanzas que á mí Fr. Gerundio me

habia infundido la venida de la dulce precursora de la paz, la primavera! El tiempo estaba despejado, sereno, delicioso y templado. El termómetro de Reaumur señalaba á las cinco de la tarde diez sobre cero; y aunque yo habia leído en el Diario de Avisos que «el Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. villa habia acordado *en atencion á lo fresco de la estacion* prorrogar la matanza del ganado de cerda hasta el 31 del presente mes,» puedo asegurar á mis lectores que ni la mas ligera brisa refrescaba la atmósfera aun á la hora del crepúsculo de la tarde, cuando amaneció el dia de la paz. Era el domingo. Los ramos de palma y oliva se cruzaban por las calles de Madrid como perlas de Roma en las entradas triunfales de sus conquistadores. Cada español parecia un Apolo ó un Numa, cada ciudadana representaba una Minerva. Por todas partes se encontraban los símbolos de la paz. Yo adorador de la paz y admirador de los triunfos, buscaba con los ojos de la ansiedad al héroe afortunado, al Octavio español que habria tenido la dicha de hacer su entrada triunfante en la capital de España, precedido de los víctores de un pueblo regocijado, trayendo en una mano la palma del triunfo, y enseñando con la otra los despojos del enemigo. ¡Qué placer tan puro y tan envidiable, iba yo diciendo para mí, qué satisfacción tan sublime para el mortal dichoso que ofrezca á un pueblo impaciente y trabajado la palma de la victoria y la oliva de la paz! Ah! No extraño que los libertadores de su patria hayan muerto de alegría al ofrecer en las aras de los

templos los laureles de sus triunfos y el ramo de la paz.

Lleno y empapado de esta idea dulce y consoladora me hallé de frente con dos largas filas de hombres, todos con verdes ramos de olivo en las manos; á lo lejos se oían voces como de himno triunfal y canto de victoria. Mis ojos buscaban con avidez..... ¿á quién habian de buscar? Al conde de Luchana, que era á quien yo suponía mas en posibilidad de proporcionarse á sí mismo esta envidiable gloria, y á los españoles el bien de tantos años apetecido y aguardado. Figurábasele conducido en una elegante carroza, no de oro ó de marfil como las de los emperadores romanos, porque no estamos nosotros ahora para arrastrar tanto lujo y tanto boato; pero al menos de madera sobre-dorada, tirada por dos hermosos caballos, siquiera como los que arrastraban la elegante carretela en que paseaba no ha muchos meses en esta corte el general Córdoba, ahora prófugo por un reino extraño, huyendo el rigor de la ley, despojado de tantos honores como le decretó pródigamente en sus dias de gloria el senado español. Representábame yo al héroe con su corona de hiedra ó de laurel ceñida en derredor de las sienes, rodeado de nuestros ministros, á quienes junto con el triunfador me preparaba á hacer los honores de la apoteosis..... cuando veo..... veo hermanos míos.... en lugar del conde de Luchana al cura de S. Sebastian, cuya corona no era de hiedra ni de laurel tejida por manos de ninfas ó de matronas, y ceñida en derredor de las sienes,

sino una corona sacerdotal que se conocia haberle afeitado el barbero aquella misma mañana. Los ministros que le rodeaban eran dos capellanes y varios acólitos; y lo que á mí se me habia figurado himno triunfal ó canto de victoria era el *Hossanna in excelsis* entonado por las desacordes voces de las filas procesionales y acompañado de un fagot de cuyos puntos parecia no hacer los cantantes el mayor caso.

Frio por demás y estático me dejó un chasco tan solemne, y no acababa de admirarme de que no me hubiese ocurrido siquiera que estábamos en domingo de Ramos: y es que cuando el deseo vehemente de una cosa absorbe todos nuestros sentidos, en nada se piensa mas que en ella y de nada se acuerda uno mas que de ella.

CARRACAS Y TINIEBLAS.

Las carracas son los instrumentos músicos que están á la orden del dia: ásperos y desapacibles como las contestaciones del Sr. Alaix, son sin embargo para los muchachos cítaras de David y liras de Orfeo: y así chirriantes y desagradables como son, estoy por decir que hubiera deseado en la última noche de sesion de competencia del Liceo haber tenido á mano una carraca; pues habiendo estado muda enteramente la seccion de música, teniendo que hacer todo el gasto las demas, especialmente la de literatura, que tuvo necesidad de echar mano hasta de composiciones de socios ya di-

funtos para entretener el tiempo, de buena gana hubiera tocado un obligado de carraca, único instrumento que sé tocar con tal cual destreza, aunque solo de afición, á trueque de dar un ejemplo de amabilidad y de amor á los progresos de la institucion; y tambien porque se hubiese dicho en el analisis de la sesion de aquel dia: «Fr. Gerundio fué el único que sin pertenecer á la seccion de música suplió el extraño silencio de ésta tocando la carraca con tal soltura y desembarazo que arrancó estrepitosos y bien merecidos aplausos.»

Pues como digo, la carraca es el instrumento mas favorito de los muchachos en estos dias. Un muchacho con una carraca en la mano está mas contento que un ministro con una gran cruz. Ellos dicen que gran cruz es y bien pesada el ministerio de por sí; pero yo lo que veo es que D. Pio Pita ha caído ya dos veces con ella, y aunque caiga tres como nuestro divino Redentor camino del Calvario, todavía ha de querer cargar con la cruz otra y otra vez siempre que encuentre algun Cirineo que le ayude á llevarla; y así tengo para mí que como nuestro Señor Jesucristo murió muerte de cruz por salvar á nosotros pecadores, D. Pio Pita ha de morir muerte de ministerio por gobernar á nosotros españoles, y el resultado ha de ser crucificarse él y no redimirnos á nosotros.

Aunque las carracas están destinadas para los tres dias de tinieblas, (1) nos llevan atro-

(1) Y nótese de paso la propiedad y espresion de

nando ya con ellas los tales muchachos muchos y muchos días; préambulo tan anticipado y ruidoso como el que precedió al ataque de Morella, y cuyo resultado despues de tanto ruido fue tinieblas y oscuridad: y si el hermano Oráa se niega ahora, segun dicen, á dar esplicaciones y aun á contestar al juez que entiende en la causa, háganse vds. cargo si quedaremos bien ilustrados sobre el asunto. Estoy viendo cuando á la hora menos pensada me encuentro á Oráa con un carraca en la mano animando á los chiquillos y diciendo: «si, hijos mios, tocad á tinieblas que yo os ayudo tambien á pesar de mi edad.»

Cuando llega el primer dia y hora de las tinieblas ya no pueden los muchachos resistir la tentacion de hacer uso de sus ruidosos instrumentos. Si no los contubieran, se harian dueños del lugar sagrado en un santiamén. Impacientes y fogosos como nuestros soldados, no desean mas que el momento de batir al enemigo y entrar á hacer zafarrancho; pero es preciso contenerles. En esta parte afortunadamente tenemos nosotros gefes muy prudentes. Saben perfectamente refrenar el ardor del soldado, y tenerle muy á raya. Por eso no se dan mas acciones, por no esponerse á que las malogre la

ciertas voces españolas. La voz *carraca* es tan significativa é imitativa del ruido que con ella se hace, que con solo articularla dos ó tres veces, *carraca carraca carraca*, parece que la está uno tocando con la boca. Lo cual me prueba, á mi Fr. Gerundio, que no es tan cierto como se cree que las voces sean signos arbitrarios.

irreflexiva impetuosidad del soldado. Bien es verdad que sino se contára con su espíritu y arrojo, tampoco se darian por falta de confianza en la clase de tropa. Pero el resultado es que los muchachos con sus carracas tienen que guardar continencia de ruido hasta que les llegue su hora, y lo mas que pueden hacer es así al descuido ó con cuidado dejar correr la lengüeta de la carraca uno ó dos dientes; pequeñas indicaciones de las buenas intenciones y deseos que les animan, como el gobierno de hoy deja entrever sus buenos pensamientos (si es que pensamientos tiene) por alguna que otra indicacion que hace en la Gaceta, tal cual vez que á alguno de los ministros, sea con intencion ó sea por descuido, se le escapa la lengüetilla de la pluma.

Yo no sé como serán las tinieblas en Madrid, porque es la primer semana Santa que mi Paternidad Reverenda pasa en la corte. Pero supongo que todas las semanas santas, *una mas una menos* (como empieza el prospecto del *Constitucional*, periódico que parece va á ver la luz luego que pasen las tinieblas) serán como las de la tierra de los ministros, que son las que he visto yo, que siendo aquella y esta tierras de cristianos ambas, las ceremonias religiosas deberán ser las mismas.

Allí como aquí se colocará en la iglesia un candelabro triangular con quince luces encendidas, que se estienden desde el vértice del ángulo hasta las bases de los dos lados iguales. Los cantores se dividen en dos coros, y cantan alternativamente los versículos de cada salmo;

al concluir cada uno de estos, el sacristan apaga una de las velas del candelero, alternando tambien en un órden constante, es decir, apagando primero una de la izquierda, luego otra de la derecha, despues otra de la izquierda, en seguida otra de la derecha; en una palabra, en el mismo órden que el hermano Pita separa de los destinos, ahora á un exaltado, despues á un moderado, luego á otro exaltado, en seguida á otro moderado; con una sola diferencia, que el hermano Pita suele tambien de cuando en cuando separar á un liberal que ni es exaltado ni moderado para *reponer* á otro que es tenido por carlista, acaso solo porque lo habia hecho al revés el señor Vigil de Quiñones (conocido allá en la antigüedad por marqués de Montevirgen), que no hay hombre tan malo que no haga alguna accion buena: en lo cual perdóneme el hermano Pita si le digo que obra poco noble y generosamente; y cuidado que no puede decir que soy voto parcial en la materia.

Apagadas las catorce velas, queda una sola, la mas alta, que llaman *la vela Maria*, la cual me representa á mi la última esperanza de Fr. Gerundio, es decir, esta primavera; que si se pasa sin hacer algo, confieso que no me queda que esperar ya mas que tinieblas. no porque no se pueda siempre vencer al enemigo de las luces, sino porque me acabaré de convencer de que no se quiere; y no queriendo, ya pueden apagar *la vela Maria*, y empezar las tinieblas y el carraquéo. Luego qué queda sola la tal vela, se van apagando todas las lámparas y

luces que haya en la iglesia, y hasta las seis que el reglamento manda que haya por parte en un altar. Apagadas estas seis velas ministras, queda campando por sus respetos la vela dictadora, pero poco tiempo tiene tambien de vida; no tarda en llegarla su turno como á las demas; al repetir las palabras de esta antifona, que yo pondré ahora en castellano: *«el traidor les dió estas señas: al que veais que yo beso, aquel es, echarmele mano: al repetir, digo, estas palabras, se coge la vela María y se la esconde debajo de la mesa de un altar.*

Para contener á los muchachos, que asi que queda la iglesia oscura rabian por hacer ruido, porque el ruido es la pasion dominante de los muchachos, y detenerlos hasta que se acabe el *Miserére*, sale la ronda de capa, ó patrulla de policia sacristanesca, ó sean los empleados de proteccion y seguridad pública de la parroquia, como quien dice, la partida de *Chico*, á vigilar la tranquilidad pública con órdenes del gobierno parroquial para hacer prisiones, si necesario fuese, ó deportarlos fuera de la iglesia. Pero los muchachos, naturalmente bullangueros, y siempre de la oposicion, reprimido por tanto tiempo su genio bullicioso, y temerosos de que se quiera atacar sus derechos ó coartar su libertad aun al tiempo oportuno y permitido por la ley, no solo no cesan de incomodar á los agentes del gobierno parroquial, sino que preparan una reaccion horrorosa. Asi es que al oír semejante familia el *tuum virulos*, sueltan los diques de su mal reprimida bulliciosidad, y se arma la bullanga. Ya no son solo carracas con

las que hacen el ruido, sino tambien mazos y piedras y toda clase de arma ruidosa y golpeariva; de forma que no hay tarima ni confesonario seguro, y de cuando en cuando se lanza una peladilla dirigida con la mas sana intencion á la cabeza del gefe de ronda, que por equivocacion ó de rebote suele ir á parar á la de un santo y romperle las narices. Vaya, son temilles las reacciones estas: por eso sin duda el gobierno no se atreve á separar al baron de Mer de Cataluña, porque como va tanto tiempo que tiene en tinieblas aquella parroquia, y los catalanes son naturalmente templaditos, cree el gobierno que tan luego como oyeran el *Miserere*, sin aguardar al *tuum vitulos*, habian de armar una como la de las muchachos de las tinieblas. Yo no pienso así, y eso que no me gana él á aborrecer las bullangas; pero el gobierno en todas partes cree que están deseando armar *tuum vitulos*; y yo no.

En algunos pueblos de mi pais, á fin de evitar descalabros en los confesonarios y tarimas; se acostumbra poner á merced de los muchachos uno ó dos maderos para que golpeen en ellos á toda su satisfaccion, y ellos armados de largos mazos lo hacen tan á lo vivo que dejan el madero para no prestar á fuerza de darle. La gente lo mira y lo celebra y aun anima á golpear, porque dice que dan en duro y no se rompen costillas. Y hasta alumbran para que no se yerre el golpe. Es un público que celebra los ataques de la prensa periódica al ministerio. Siempre le están á uno animando á que dé de firme y sin duelo, porque dicen que se golpea.

en duro. Como si el gobierno fuese algun madero. Este público es muy cruel.

Ello es que los muchachos españoles saben hacer una revolucion ruidosa en tanto tiempo como hicieron los franceses su revolucion de julio, en tres dias, al cabo de los cuales todo se queda *in statu quo*.

En mi concepto las tinieblas de Madrid se podian solemnizar mucho, encargándose Alaix, Pita y Hompanera de apagar las luces, que son los que parece que entienden mas en eso de dejar la gente á buenas noches. Arrazola, que se me figura que es el que mas teme las reacciones, se podia encargar de contener á los chiquillos. A Perez de Castro se le podia meter debajo de la mesa del altar, que al cabo mas está para eso que para otra cosa. Las lamentaciones deberian cantarlas las viudas, cesantes y esclaustrados, que creo lo harian á las mil maravillas sin necesidad de ensayarse. Há; se me olvidaba el ministro de marina. De este hombre nunca me ocurre qué hacer, y ahora tampoco. ¿Y la vela María? ¿Y esa vela dictadora? ¿Quién era el guapo que la echaba el apagador? Creo que habria que dejarla que se consumiese por sí misma. Y hé aquí unas tinieblas que no parecen tinieblas y lo son.

UNA COLACION DE CIRCUNSTANCIAS.

Vamos, Tirabeque, ¿qué me has puesto de colacion esta noche?—Señor, unas circunstancias fritas.—¡Hombre, unas circunstancias fri-

tas! Frito me tienes tu con semejantes contestaciones. ¿Qué quiere decir circunstancias fritas?—Patatas fritas, Señor, hablando vulgarmente.—¿Y quién ha confirmado á esas señoras con semejante nombre?—Eso no podré decírselo á vd.; lo que sé es que las llaman así desde las actuales circunstancias, porque como doña Prieta vá apretando bastante, y las patatas son el alimento mas barato que se conoce, las circunstancias han obligado á la mayor parte de las gentes á alimentarse de patatas: y ahora que me acuerdo, creo que quien las ha puesto ese nombre ha sido una señora que llaman *Antonia Másia*, que deberá ser una señora muy patatera, ó lo que es lo mismo de muchas circunstancias.—Me parece, Tirabeque, que esa tal Antonia debe ser creacion tuya.—No señor, que aquella muchacha que yo crié allá en Campazas porque la faltó su padre, se llamaba Raimunda; yo no he criado mas.—Quiero decir que lo que tu habrás oido será que á las patatas las llaman circunstancias por *Antonomásia*.—En cuanto á si era *Antonio* ó *Antonia* no me fijo bien; pero el apellido estoy seguro que era *Másia*.—Vaya, pues trábelas que á mí me gusta acomodarme á las circunstancias.

Bien, ¿y qué mas tenemos?—Hay tambien unas enemigas de nuestra religion.—¿Hombre! ¿cómo es eso?—Sí señor, unas de estas que no creen que Cristo vino al mundo.—Quítalas allá, quítalas allá.—Corriente, Señor, yo daré cuenta de ellas.—Lo que has de tratar es de convertirlas.—Sí señor, yo las convertiré por la garganta abajo.—Eso es comerlas, hombre.—

Comerlas es, sí señor.—¡Comerlas! ¿y si te hacen daño....?—No señor, pierda vd. cuidado, que á mí siempre me sientan bien.—Pero ¿son eismáticas ó protestantes?—Son judías, Señor.—Háááá: pues entonces tráhemelas, que en esto de colaciones estoy por la tolerancia de cultos.

¿Y no hay mas?—Sí señor, hay una transacion con aceite y vinagre.—Hombre, estás esta noche emblemático: ¿qué es eso de transacion con aceite y vinagre?—Así un revoltijo ministerial, especie de ensalada que no se sabe lo que és: no le gustará á vd. regularmente.—Hombre sí, tráhemelo, que en la semana santa me gusta alimentarme ministerialmente.

¿Y hay alguna otra cosilla?—Tambien habia puesto unos protocolos; pero ya veo que vd. no está por esas cosas, y así me los comeré yo si á vd. le parece.—No, no hay necesidad. ¿Sabes lo que podemos hacer? Me trahe á mí las coles, y te comes tu los protos, y así todo se compone grandemente.

Vamos, y alguna otra cosita mas habrás puesto.—Si quiere vd. unas locuras..... Pero creo que no le acomodarán á vd. en un tiempo tan serio.—Amigo, no atino qué pueden significar esas locuras.—Cuando un hombre es un poco tronera y hace locuras, como por ejemplo, muchos de los ministros que hemos tenido hasta ahora, ¿no se dice que tienen avellana en la cabeza?—Es verdad que así se suele decir.—Pues por ese llamo yo locuras á las avellanas.—Hombre, sí; vengan unas locuras, que *alicuando oportet face e locuras de colatione*; pero han de ser locuras mondadas; sinó no las quiero.

¿Y no hay mas, no hay mas?—Unos recuerdos tambien si vd. gusta.—¿Recuerdos de quién?—Recuerdos de Málaga.—Hombre; eso muda de especie, porque me recuerda otras locuras que allí se han hecho, y me recuerda tambien el despotismo estremado de Palarea; y á mí ya sabes que ni unos ni otros extremos me gustan. Lo que me gusta de Málaga son las pasas; ¿querrás creer?—Pues esos son los recuerdos que yo digo, Señor: ¿las pasas no se dan para recordar las cosas?—Ese es otro punto, hombre: ya se vé; ¡estás tan metafísico! Vengan, vengan esos recuerdos, y mira no te se olvide algo.—Señor, lo que se me acuerda á mí ahora es que va vd. á hacer una colacion un poco romana.—Colacion de circunstancias, bobo.—Señor, perdone vd., que paréceme que eso ya sale un poco de las circunstancias.—Te dire hombre: ¿no ves que estos días tenemos que andar las estaciones? Pues para andar las estaciones es preciso racionarse bien.—Ya sé á dónde vá á parar esa indirecta, señor.—Sí; pensarás que vá á parar á los generales. Pues te equivocas. Vamos, tráheme, tráheme la colacion.—Voy señor, voy; pero mire vd. que colaciones romanas se hacian en el convento, pero esta creo que vá á ser mas romana que ninguna. Todavía estoy temiendo que ha querer vd. comerse á Tirabeque de colacion (1).

Todo esto ha sido bambolla: lo demas ¿que

(1) *Tirabeque* en la horticultura es una especie de haba, frejol ó guisante.

ha de tener un pobre Fr. Gerundio esclaustrado? Gracias si tiene una triste colocacion de circunstancias.

Por vuestra pasion,
Alaix dulce amado,
no sea yo triste
por vos condenado.

Dulcísimo y piadosísimo señor, suplicoos humildemente por la preciosa sangre que mezclada con agua misteriosa vertió nuestro divino Redentor por el costado hace mil ochocientos y seis años menos dos dias, de resultas de la lanzada que le dió aquel soldadon de mal genio, que quieren decir algunos historiadores críticos estrangeros que era español y catalan (1); cuyo precioso licor derramó por salvarnos á nosotros los periodistas; y á mí, Fr. Gerundio, que pequé gravemente por mi culpa, por mi culpa, por mi máxima culpa: y en consideracion á la peluca que echó nuestro Señor á S. Pedro por haber hecho uso del chafarote para desorejar á Malco; y por la santa Verónica que limpió su divino rostro, la cual debia ser alguna viuda sin pagas, pero de unas entrañas muy sensibles y compasivas; y por las cinco llagas de mi padre S. Francisco, y por los cinco granos de incienso bendito que se ponen en el cirio pascual, os suplico reverentemente que si es cierto que

(1) ¡Pícaros estrangeros! Mañana en sus historias nos dirán tambien que el Sr. Alaix era español y catalan. ¡Cosas como ellas!

fuisteis vos el ministro que propusísteis enviar á Filipinas á varios escritores de la oposicion, y ya que esto no lo permitiesen las garantías legales de la seguridad personal, protestásteis *que el dia que hubiese en Madrid el menor alboroto, fusilariais á los periodistas opositores, como gefes y escitadores de motin*, (lo cual yo no creo de vuestro natural suavísimo y mantecosísimo) tengais conmiseracion de mí, que lejos de gustarme los motines y alborotos, no tengo corazon para ver reñir dos gallos. Y así otra vez os suplico, amabilísimo y fusiladorísimo señor, por los dolores que sufrió la Virgen Santísima al ver á su divino Hijo clavado en una cruz, y por la intercesion de vuestro tocayo san Isidro Labrador patron de Madrid, que no me conteis en el número de los que hayais de fusilar, pues la oposicion que Yo Fr. Gerundio os hago en algunas cosillas (que mas podian ser) no la hago á mal hacer, sino que toda la enteamino á la paz y felicidad de estos reinos y de todos los príncipes cristianos. Amen.

Por mi oposicion,
Alaix dulce amado,
no sea yo triste
por vos *fusilado*.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.